

SUELO FÉRTIL: EL FUTURO DE LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACIÓN

Fertile Ground. Scaling Agroecology from the Ground Up
Steve Brescia (editor)

Oakland, CA: Food First Books, Institute for Food and Development Policy,
2017, 220 p.

Este libro reúne las experiencias de ocho comunidades campesinas en distintas regiones del mundo que, desde hace varios años, han centrado su esfuerzo en adoptar, mantener y revitalizar prácticas agroecológicas, buscando asegurar su soberanía alimentaria y resistir a los embates del cambio climático. Este proceso de retorno a la agroecología les ha permitido desarrollar capacidades para su empoderamiento político y la construcción del tejido social. Y esta es quizás la idea más apasionante en el libro: que las prácticas agroecológicas alimentadas desde la base de las comunidades rurales son herramientas tanto de subsistencia como de autodeterminación política y social.

Este no es un texto acerca de técnicas de cultivo sostenible, sino acerca de las estrategias que mejor han funcionado para crear redes sociales que permitan difundir las prácticas de la agroecología, partiendo desde la base de las comunidades campesinas. Es una lectura recomendada para todas las personas involucradas en el diseño e implementación de políticas públicas, planes de desarrollo y proyectos sociales y productivos en comunidades rurales, e incluso en las de la periferia urbana. Las experiencias contenidas en este libro son ejemplos de procesos cuidadosamente afinados a lo largo del tiempo y evaluados por aquellos a quienes más afectan. Sus resultados positivos y perdurables hacen que dichas experiencias deban ser estudiadas especialmente por funcionarios del sector público, ONGS y académicos, para evitar caer en la trampa de las acciones que causan daño. Profundamente inspirador y optimista, este libro es una lectura valiosa para los jóvenes con espíritu emprendedor y solidario.

Fertile Ground fue editado por Steve Brescia, director ejecutivo y co-fundador de Groundswell International, una organización compuesta por miembros de ocho países con una larga trayectoria de trabajo en el desarrollo de metodologías para difundir prácticas agrícolas y fortalecer las organizaciones locales en comunidades campesinas. Lo publicó Food First, un instituto que, a través de sus inves-

tigaciones, libros, reportes y proyectos, desde hace 40 años busca acabar con las injusticias que provocan el hambre en el mundo. En español ha sido publicado con el título *Tierra Fértil. Desarrollando la agroecología desde abajo hacia arriba*.

El libro está dividido en: una introducción, 10 capítulos que se centran en los procesos de asimilación de prácticas agroecológicas llevadas a cabo por comunidades rurales, junto con sus organizaciones acompañantes, en regiones de Mali, Burkina Faso, Ghana, Brasil, Honduras, Ecuador, Haití, Estados Unidos y Holanda. Cierra con una conclusión, un primer apéndice que recoge las estrategias para fortalecer y escalar la agroecología, y un segundo apéndice con literatura sobre agroecología.

La introducción del libro presenta el panorama actual de la producción mundial de alimentos. Expone la visión del sistema de agricultura industrial, que ha sido muy promovido por la empresa privada y los gobiernos, contrastándola con aquella de la agroecología practicada por pequeños campesinos y seriamente desprovista de apoyo institucional. Presenta las cifras, obtenidas de múltiples estudios, que muestran algunos resultados de esas dos aproximaciones a la producción de alimentos. En uno de sus acápites se encuentra que, por ejemplo, mientras que la agricultura industrializada utiliza el 70% de los recursos disponibles (como agua, tierra o energía) solo produce el 30% de la comida que se consume. A su vez, la agricultura familiar a pequeña escala utiliza el 30% de los recursos para producir el 70% de los alimentos consumidos en el mundo. Y, además, aun cuando se produce una suficiente cantidad de comida para alimentar a 10 mil millones de personas, 800 millones de personas en el mundo sufren de hambre y 2 mil millones de malnutrición, especialmente los habitantes rurales.

Esta introducción también plantea dos preguntas que necesariamente deben empezar a hacerse en voz alta: ¿Cuáles son los costos de la producción de alimentos asumidos por la sociedad? ¿Por qué mantenemos un sistema de producción de alimentos en el que el valor de las externalidades excede a las ganancias totales? Preguntas importantes que habría que tener en cuenta al momento de decidir modelos de desarrollo rural, pues como dice Steve Brescia, autor de la introducción, “La primera meta de un sistema político y económico debe ser asegurar que la gente en él esté alimentada, y que los recursos ambientales de los cuales depende sean sostenidos” (p. 20).

Los primeros capítulos acerca de las comunidades campesinas en algunos países de Centro y Suramérica, el Caribe y África, exponen parte del contexto histórico, social, político y económico que marca la vida de los pequeños campesinos

del Sur Global. Aquí se muestra que tanto en América como en África quedan aún profundamente marcadas las huellas de un sistema colonial de extracción de recursos que desplazó a los pueblos nativos hacia las pendientes montañosas difíciles de trabajar, o que limitó sus desplazamientos de producción cíclica por el territorio para apropiarse de las tierras más fértiles, con el fin de establecer plantaciones de productos de exportación y haciendas ganaderas. Más tarde en la historia de ambos continentes, son los gobiernos nacionales —con sus políticas de producción rural cooptadas por la Revolución Verde— quienes empujan a las comunidades campesinas a olvidar sus prácticas agrícolas tradicionales, afinadas durante siglos con el preciso contexto geográfico de sus tierras. La prohibición del almacenamiento de las semillas nativas de los campesinos a través de legislaciones que hacen obligatoria la compra de semillas certificadas y programas de desarrollo que promueven prácticas agrícolas fuertemente mecanizadas y dependientes de agroquímicos que pocas veces están al alcance de los recursos del pequeño campesino o que no son viables para las características de sus terrenos, son impedimentos claros del desarrollo de tales prácticas tradicionales.

Sumados a estas desfavorables condiciones, los autores de estos capítulos señalan otros factores que crean las condiciones perfectas para que los pequeños campesinos abandonen sus tierras y se desplacen a los cinturones de pobreza de las ciudades. Ejemplos de estos factores son las débiles democracias que los gobiernan y el cambio climático. Sus gobiernos no hacen cumplir el Estado de derecho, permiten el asesinato de los líderes indígenas y campesinos y no han contemplado llevar a cabo reformas rurales desde hace cientos de años o, como en el caso de Ecuador, tienen grandes dificultades para ejecutar las transformaciones sociales que defiende la nueva constitución. En cuanto al cambio climático, éste se impone con especial rigor en las comunidades rurales cuyos suelos han perdido fertilidad debido a malas prácticas agrícolas y cuyas redes sociales se han ido desintegrando ante la pobreza y el desplazamiento.

Después de exponer el contexto de cada país, el libro describe en cada capítulo cómo un miembro de la comunidad campesina que habita una zona especialmente complicada para la producción agrícola debido a sus características físicas y sociales, decide recuperar alguna institución social o práctica agroecológica tradicional en desuso, o innovar a partir de una herramienta que conoce para adaptarla más precisamente a las condiciones de su tierra. Con ello genera un efecto dominó de experimentación y mejoramiento de técnicas en el que toma parte un grupo cada vez más grande de personas de su comunidad y en el que voz a voz,

parcela a parcela, se van logrando resultados positivos en términos, no solo de producción de alimentos, sino también de reconexión social, fortalecimiento de las capacidades de los miembros de la comunidad para expresarse, para planear, para buscar alianzas en temas específicos y para ejercer la capacidad de autodeterminación y desarrollo.

En el caso de Brasil, por ejemplo, se muestra cómo la experimentación de un campesino lleva a su comunidad a crear tanques de almacenamiento de agua que permiten asegurar la alimentación de las familias y forjar, al mismo tiempo, conocimiento y redes comerciales locales. En Mali, por su parte, la preocupación por el manejo adecuado de los árboles hace renacer, junto con sus saberes, a los *Barahogon*, miembros de una antigua institución social y política, cuyo papel histórico había sido velar por la salud del delicado ecosistema de frontera con el desierto del Sahara y guiar a la comunidad en el manejo del suelo para asegurar la producción de alimentos, aun en años climatológicamente difíciles. En el caso de Haití, se habla acerca de cómo la preocupación por revertir la deforestación, que obligó a tantas familias campesinas a desplazarse hacia las ciudades en las que luego se convertirían en víctimas de terremotos y huracanes, permite el resurgimiento de los *Konbit* o grupos que se entrenan y trabajan colectivamente para sacar adelante rápidamente proyectos comunitarios y trabajos intensivos en una parcela usando técnicas agroecológicas.

Cabe destacar dos iniciativas importantes descritas en el capítulo cuatro titulado “Mercados locales, semillas nativas y alianzas para mejores sistemas de alimentación a través de la agroecología en Ecuador”. Por una parte, los esfuerzos de las organizaciones campesinas por rescatar y conservar las semillas nativas, que son el símbolo de la libertad y la soberanía alimentaria, y, desde una perspectiva práctica, el seguro de supervivencia de las comunidades en sus contextos geográficos que se enfrentan a un clima cada vez más incierto. Por otra parte, se resalta la propuesta que busca pasar de un concepto de buena agricultura hacia uno más amplio: el de la buena alimentación. Esta ampliación conceptual permite establecer una acción conjunta de los habitantes de la ciudad, consumidores de alimentos y actores clave en el desarrollo de los mercados, con los habitantes del campo, productores del alimento y generadores de un porcentaje del PIB ecuatoriano que, en mejores condiciones, podría llegar a ser más significativo.

Además de los campesinos que a nivel individual deciden experimentar aplicando una práctica agroecológica en sus propias tierras, convirtiéndose así en líderes del desarrollo forjado desde la base de sus comunidades, el libro recalca la

importancia de una conexión orgánica, paulatina y concertada entre esas comunidades que están redescubriendo sus capacidades y las organizaciones de la sociedad civil y ONG que actúen respetando dicho proceso. La mayoría de las organizaciones de base que se describen en el libro *Fertile Ground* son redes inter-vecinales que han ido surgiendo de la unión de esos líderes locales acompañados por un grupo representante de sus comunidades. Estas organizaciones crean alianzas con actores clave de la academia o de la sociedad civil y difunden sus hallazgos a través de esfuerzos de cooperación en un espacio geográfico más extenso, pero con características geográficas o culturales similares.

Para que el papel de estas organizaciones sea positivo, es necesario que estas no pretendan imponer las mismas soluciones o paquetes de técnicas agrícolas a todas las comunidades, sino que actúen como instancias de recolección de información local y externa, evaluación de resultados y difusión de prácticas efectivas, y que también sirvan como centros de encuentro e instrucción para miembros de las comunidades que deseen convertirse en capacitadores y voluntarios. Otra función clave de las organizaciones es actuar como puente entre las comunidades y el gobierno con el fin de transmitir inquietudes, necesidades y propuestas, verticalmente, desde lo local hacia lo nacional.

La anteriormente descrito, es una relación horizontal entre comunidades y organizaciones, que logra establecer prácticas agroecológicas y sociales adoptadas por los miembros de las comunidades porque las comprenden, ven los efectos positivos de ellas e hicieron parte de su formulación. En contraposición a esta dinámica constructiva, el libro menciona casos opuestos: el de algunas ONG internacionales o el de proyectos gubernamentales que se acercan a las comunidades con propuestas que no han sido concertadas con ellas, y que terminan gastando enormes cantidades de dinero en procesos de los que las personas no se apropian. Los motivos para esta no apropiación son diversos: 1) porque dichos proyectos están desconectados de las especificidades del contexto; 2) porque pasan por alto la necesidad que tiene cada campesino de escoger qué práctica adopta y cuándo; y, sobre todo, 3) porque estas propuestas importadas de lo alto de una organización o un ministerio hacia abajo en una comunidad. Así, terminan impidiendo la construcción de una red social cooperativa dentro de la comunidad, siendo esta red unas de las condiciones indispensables para que una práctica prospere.

A lo largo de los capítulos del libro que tratan acerca de los procesos en Sur y Centroamérica y África, se encuentran muchas similitudes, no solo en cuanto a las dificultades que enfrentan las comunidades campesinas y a la manera como

las resuelven, sino también a los actores que tienen un papel determinante en todos los casos presentados. El gobierno es uno de esos actores, y en la historia de estos países uno de sus papeles ha sido el de gestor de políticas de desarrollo económico rural ancladas en las promesas de la Revolución Verde, claramente lubricadas por el *lobby* internacional de las mismas compañías que luego tendrán el monopolio de suministro de semillas certificadas y agroquímicos dentro del país. Estas políticas, dirigidas a mecanizar la agricultura y utilizar paquetes de semillas y agroquímicos, han traído, contrario a lo esperado, mayor pobreza para los campesinos con menos recursos económicos que viven en regiones con condiciones difíciles y suelos cada vez menos fértiles. Uno de los campesinos entrevistados en el capítulo sobre Ghana explica al respecto que, si en su comunidad tienen dinero para comprar las semillas certificadas, posiblemente no lo tengan para el paquete agroquímico que estas requieren o para alquilar un tractor, y que, en todo caso, nada de esto sirve si no llueve.

El gobierno también aparece en estas historias como un actor negligente y científicamente desactualizado. Varios estudios indican que son los pequeños campesinos quienes producen entre el 50% y el 70% de los alimentos, pero no reciben apoyo a través de servicios públicos o infraestructura, por ejemplo. Otros estudios han evaluado y comprobado la resiliencia de los suelos en los que se practica la agroecología, y de las comunidades que lo hacen, ante los terribles eventos naturales que se vienen observando. Sin embargo, los gobiernos se empeñan en prohibir la conservación de semillas nativas y lo que estas representan en cuanto a biodiversidad y adaptabilidad al cambio climático.

Con respecto al gobierno, es la ausencia de su voz directa lo que llama la atención al terminar de leer el libro. No hay declaraciones o entrevistas realizadas a funcionarios públicos. Dado que el gobierno es un actor clave, sería importante contar con la perspectiva de funcionarios públicos que hayan participado constructivamente en los procesos de concertación con la comunidad e indagar, quizás para un nuevo libro o una nueva edición, si es posible identificar estrategias que permitan escalar la participación positiva del Estado en la adopción y difusión de la agroecología.

Fertile Ground. Scaling Agroecology from the Ground Up presenta dos capítulos acerca de aproximaciones a la agroecología para resolver problemas específicos en Estados Unidos y Holanda, países pertenecientes al Norte Global. Estos casos se incluyeron en el libro por estar ligados a organizaciones aliadas de Groundswell International, y para poder apreciar que, si bien los campesinos del Norte y sus

comunidades se enfrentan a condiciones políticas, sociales y económicas más favorables que las de sus colegas del Sur, también enfrentan grandes retos, pues la agroecología no es la práctica común en lo rural de esas latitudes, y existen aún muchos temas por investigar y resolver en torno a esta. Los dos casos muestran el trabajo conjunto de los campesinos, equipados con sus prácticas y saberes tradicionales, y la academia, con su capacidad de investigación.

Debido a los resultados políticos obtenidos, vale la pena referirse al capítulo 10, acerca del caso estudiado en Holanda. Así lo resumen sus autores:

En el contexto de sistemas agrícolas altamente industrializados y regímenes de manejo ambiental centralizados, los productores de lácteos en Holanda han creado un espacio para innovar y desarrollar sistemas agroecológicos de “circuito cerrado” a través de una estructura de cooperación local. Al organizar y crear alianzas con científicos y otros, han sido capaces de innovar en prácticas agrícolas y de manejo del paisaje más apropiadas localmente. Ellos documentaron y difundieron este acercamiento e influyeron en las políticas a nivel local, nacional y europeo (p. 171).

Este sistema agroecológico de “circuito cerrado” desarrollado por la comunidad de productores lácteos partió de un decreto gubernamental que les exigía realizar una práctica agrícola que, según su experiencia y observación, resultaba contraproducente. La confianza en sus saberes tradicionales, la alianza adecuada con una universidad y su equipo científico, junto con la experimentación y documentación rigurosa de resultados, permitieron a los campesinos validar sus capacidades ante el Estado y establecer la importancia de su papel en el manejo del medio ambiente sin sacrificar una producción de alimentos satisfactoria.

La conclusión del libro retoma de manera concisa algunos de los hallazgos más importantes de cada experiencia presentada en los capítulos anteriores, para llamar la atención acerca del camino que se ha recorrido en cuanto a la difusión de la agroecología, así como el que todavía falta por recorrer. Esta parte señala que se requerirá ampliar las redes entre las comunidades de base, los movimientos sociales y los que tienen incidencia en política pública. También expresa la urgencia en crear alianzas productivas que involucren a las organizaciones campesinas, las ONG, la academia, el gobierno y los empresarios locales.

Steve Brescia propone aquí una visión guía en el camino hacia adelante, que incluye elementos clave compartidos por los procesos exitosos detallados en el libro. Por ejemplo, continuar innovando, pero siempre con las personas y sus co-

comunidades, y con la regeneración del medio ambiente en el centro; que sean las comunidades las que creen sus propias versiones de un “buen futuro” basado en su contexto y su cultura; que la academia, las ONG y los ministerios gubernamentales trabajen de la mano con las comunidades y no en pro de implementar tecnologías descontextualizadas; que se realicen todos los esfuerzos por preservar la riqueza biológica a través de las semillas nativas; que se descentralicen los mercados y se fortalezcan las economías de las comunidades rurales para que sus vidas sean satisfactorias y felices, así como para que los jóvenes se quieran quedar en el campo.

Según Brescia, se requerirán sostenidos esfuerzos, sobre todo en cuanto a fortalecer la democracia y el respeto de los derechos humanos, para lograr un futuro en el que no exista el temor de padecer de hambre y sucumbir ante los embates del cambio climático. No obstante, es necesario reconocer los logros obtenidos y los acuerdos internacionales que van consolidándose con respecto a soberanía alimentaria y conservación del ecosistema mundial.

Por último, el libro ofrece dos apéndices sumamente útiles. El primero resume las estrategias y metodologías para la difusión de la agroecología que aparecen en el libro, e invita a implementarlas y mejorarlas. Estas estrategias están clasificadas de acuerdo con tres parámetros: 1) profundidad, o cómo apoyar a los campesinos en su transición del uso de pocas técnicas agroecológicas a sistemas agrícolas más complejos; 2) difusión horizontal, o como promover la difusión de principios y prácticas agroecológicas a más campesinos y más comunidades; y 3) difusión vertical, o cómo apoyar la creación de un contexto que facilite la agroecología a nivel de políticas, instituciones y mercados.

El segundo apéndice es una lista de literatura publicada en inglés en temas de agroecología, que incluye libros, reportes y artículos.

Quienes como ciudadanos o miembros de la academia deseamos un planeta saludable, alimentos sabrosos, nutritivos, diversos, y vivir en comunidades en paz, llegamos al final de la lectura de *Fertile Ground* con ánimos renovados para continuar investigando y creando redes que permitan, lenta pero seguramente, la transición a sistemas justos e inteligentes de producción de alimentos.

LILIANA UJUETA VELANDIA
Universidad Tecnológica de Bolívar